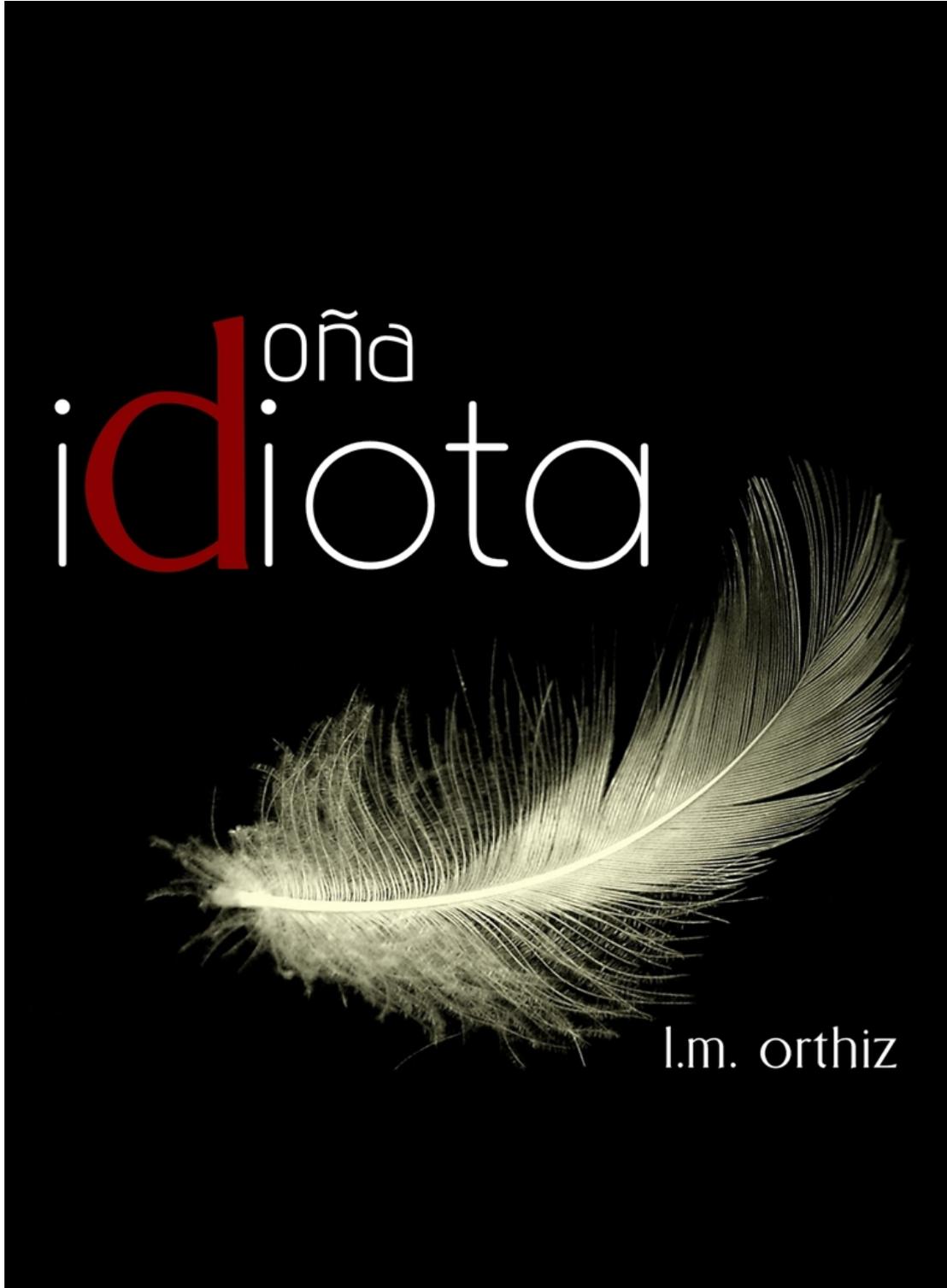


Doña Idiota

I.m. orthiz



Capítulo 1

Aún no había amanecido y Doña Idiota ya estaba hecha un lío.

La rutina todos los años era la misma: despertar antes que todos, preparar de manera meticulosa pero apresurada el desayuno de sus tres hijos y de su marido, planchar los tres uniformes de escuela además de preparar la camisa y el traje del señor, preparar los zapatos de todos y no olvidar tener listos sus almuerzos para, posteriormente, darse un baño con agua casi helada ya que no desperdiciaría la caliente para que el señor la pudiera disfrutar.

Doña Idiota tenía muy poco tiempo para sí misma. A decir verdad, no existía siquiera un minuto que pudiera tener para al menos sentarse a tomar una taza de té de jazmín, el cual era su favorito.

El sueño de Doña Idiota siempre fue ser una reconocida neuropsiquiatra, pero el plan cambió por completo. Detestaba la idea de pensar que fue el destino quien hizo desear todo lo que había idealizado. Más bien, prefería ser honesta consigo misma y achacarlo a la irresponsabilidad del no uso de preservativos. Y es que, Doña Idiota conoció al señor mientras ella estaba en el penúltimo año de la universidad y él estaba a punto de graduarse de la Facultad de Economía. Apresuradamente tuvieron que casarse, pues el embarazo ya se le empezaba a notar y aunque quiso con todas sus fuerzas continuar con sus estudios, la criatura, producto de la intempestiva lujuria, no se lo pudo permitir. "Si un niño vas a parir, tu responsabilidad has de asumir", era la incesante cantaleta que día a día escuchaba de sus padres y suegros. Así que, no hubo más remedio que pasar de ser una estudiante regular de medicina a una común ama de casa y madre de familia.

Mágicamente, como si de un "efecto escalera" se tratara, la recién formada familia de tres integrantes incrementó su catálogo a cinco. El incremento en número de componentes de aquella sociedad era inversamente proporcional al de oportunidades que tenía Doña Idiota de alcanzar su sueño. Entonces, la vida de Doña Idiota pasó a ser tan gris como un frío día nublado.

Lo que hacía para poder distraerse era imaginar cosas. Dado a su nivel académico, estaba consciente de que se trataban de meros estados de disociación, lo cual le generaba cierta preocupación. "Pero si al final es con lo único que me puedo distraer, ya qué.", pensaba. Así que decidió no dar demasiada importancia a todo ello.

A veces imaginaba al señor convertido en alguna especie de insecto. Lo hacía sobre todo en aquellas noches en las que caía rendida por los quehaceres pero él necesitaba satisfacer su latente deseo sexual. Lo

observaba trepando a la cama con sus múltiples y asquerosas patas. Lo imaginaba tendiendo su repugnante probóscide sobre su cansado cuerpo, llenando de húmedos besos cada centímetro de su indiferente piel. Lo imaginaba depositando sus inmundos huevecillos en su seno los cuales rápidamente eran gestados y paridos a través de su pared abdominal, la cual se rasgaba cual tela podrida y dejaba escapar miles de larvas que corrían de un lado a otro manchando sus sábanas de una especie de secreción purulenta mientras ella intentaba gritar pidiendo auxilio. Imaginaba también como el señor insecto enfurecía con cada alarido que Doña Idiota soltaba. Alaridos de dolor, de asco y de aversión. Alaridos mezclados con urgentes deseos de vomitar. Alaridos mezclados de una emergente esperanza de morir y terminar con todo su dolor. Y el señor insecto nuevamente extendió su probóscide, esta vez enredándola en el cuello de Doña Idiota mientras ella sentía cómo el oxígeno iba escaseando en su organismo. Pero la intención del señor insecto no era únicamente la de asfixiar a Doña Idiota. Cada vez apretaba más y más el pequeño cuello hasta que comenzó a sentir cómo los músculos cedían en fuerza y la parte ósea en resistencia. Y así, poco a poco la cabeza se fue separando del resto del cuerpo ahogando los gritos de Doña Idiota... hasta que volvía en sí.

A veces despertaba bañada en sudor, sobre todo aquella noche en la que tuvo aquella maravillosa idea.

Se levantó de su cama y se dirigió a la cocina a tomar un frío vaso de agua.

La noche estaba tranquila y su sala se iluminaba bajo la tenue y azul luz de luna.

Se asomó a la ventana aún sosteniendo el vaso. Miró todo el escenario. Aquel aburrido vecindario ni siquiera le brindaba tranquilidad. Tampoco le gustaba mucho el departamento donde habitaban pero le parecía adecuado para los tres pequeños. No hablaba con ningún vecino mas que para algún caso de extrema necesidad, por ende, tampoco tenía amigas con las cuales reunirse para quejarse de sus maridos o de comentar lo costoso que se encontraba todo en el supermercado.

Notó cómo todos los demás edificios tenían un curioso contraste entre la tenue luz de luna y las tinieblas de la noche.

Abrió la ventana y sintió como el viento acariciaba con sutileza sus mejillas. No hacía frío ni calor. Simplemente se encontraba ella parada en su ventana frente a la presencia de la noche.

De pronto, vio como algunas plumas de ave comenzaban a caer desde lo alto. Parecía como si alguien o algo las estuviera arrojando. Se asomó un poco para tratar de divisar de dónde provenían pero no logró localizar el

autor de la lluvia de plumas.

Vio como estas iban cayendo lentamente. Algunas formaban figurillas en el aire, otras simplemente caían y se mecían de lado a lado. Aquello parecía lo más espectacular e interesante que habría presenciado en demasiado tiempo. Incluso le pareció que había estado observándolas por horas.

Las pequeñas y delicadas plumas iban cayendo lentamente hasta prácticamente desaparecer en el suelo.

Estiró su mano y algunas se posaron sobre su palma. Las contempló durante algunos segundos y las arrojó hacia el vacío.

-¿Y si yo...? -murmuró mientras las últimas plumas terminaban de caer.

Al día siguiente retomó su habitual jornada, aunque incluyó un ligero cambio. Trató de apresurarse lo más que pudo para poder hacer al menos una hora entre tantas labores para poder dar marcha con lo que tenía en mente. Aprovechó los múltiples lugares a los que tenía que visitar para poder adquirir el material que necesitaba para su plan.

Se sentó en su silla favorita y colocó todo lo que había comprado sobre la mesa. Primeramente, comenzó a diseñar bocetos. Uno tras otro, borrón tras borrón hasta lograr dar con el diseño que tenía en mente. Procedió a medir y trazar. A cortar y comparar. A ensartar hilo y aguja. A doblar alambres. A pegar pedazos de tela. A unir ininterrumpidamente todas las piezas de aquel rompecabezas que la habían entretenido durante horas.

Al percatarse de ello, supo que era hora de detener todas sus manualidades. Metió su diseño dentro de una bolsa de plástico y lo guardó en el ropero en donde estaba toda la ropa vieja que ni ella ni el señor utilizaban ya, por lo tanto, sería un lugar seguro para su creación.

Esa noche no pudo conciliar adecuadamente el sueño pues todo lo que ocupaba su mente era el poder continuar con lo que había comenzado en esa misma tarde.

Al día siguiente, fue imposible que siguiera con su proyecto secreto. Tampoco pudo al siguiente, ni al siguiente, ni al siguiente. La tarea se postergó al menos durante dos semanas.

El día en el que nuevamente puso manos a la obra, se sintió tan feliz. Le habían parecido años desde aquella tarde. Ya únicamente faltaban pocos detalles para finalizarlo. Se esmeró tanto que cuando vio que por fin había terminado, se sintió demasiado satisfecha consigo misma. No tenía ese sentimiento desde antes de dejar la universidad, así que lo consideró todo

un logro.

Por la noche, más o menos a la misma hora en la que presencié la lluvia de plumas, se puso en pie y se dirigió a sacar del ropero la bolsa de plástico que contenía su obra de arte. O al menos ella lo consideraba así.

Ya estando en la sala, parecía que esa misma noche de la lluvia de plumas se estaba repitiendo, pero Doña Idiota sabía que ahora ella era la protagonista.

De la bolsa de plástico, sacó lenta y delicadamente lo que con mucho esmero había realizado. Se trataba de un par de alas de plumas blancas hechas a su medida. La forma asemejaba a las alas que aparecían en las pinturas de ángeles. Eran unas alas bastante largas y anchas. Prácticamente medían lo mismo que ella.

Se las puso con mucho cuidado ya que, incluso, había hecho un par de tirantes especialmente diseñados para sostenerlas. Las alas hacían juego con su camisón de color claro. Incluso contrastaban con la poca luz que había aquella noche.

Se quiso ver a sí misma, pero sabía que necesariamente tendría que acudir al espejo del baño para hacerlo y probablemente despertaría a alguien, así que sólo imaginó su alada figura y se sintió hermosa.

Hacía tanto que no se sentía tan guapa, tan sensual, tan delicada, tan femenina. Incluso podría haber jurado que se había convertido en un verdadero ángel.

Se acercó a la ventana para abrirla. Nuevamente el viento le acarició las mejillas, como si de un saludo se tratara. Extendió los brazos e inhaló aquel aire nocturno. Se sentía tan en paz, como si todo lo que hubiera ocurrido en los últimos años fuera parte de una fantasía. Parecía que se encontraba en medio de un sueño, un sueño que le decía que su sufrimiento tendría fin. Un sueño que le decía que todo quedaría atrás.

Con mucho cuidado, se sentó sobre el marco de la ventana de tal forma que sus piernas quedaron suspendidas en el vacío.

Miró todo aquel paisaje e, inesperadamente, la lluvia de plumas comenzó nuevamente.

Se sentía tan feliz. Todo era como una bendición.

Las plumas caían sobre ella lenta y delicadamente.

Y así, desde aquel noveno piso, emprendió el vuelo hacia la nada mientras agitaba con fuerza y elegancia sus propias alas.